

arriba dejan ver el balcón de abajo; los pavimentos de los cuartos ceden á la presión del pie.

La escalera que conduce del primer piso al segundo, no puede ser más extraña.

La escalera temblaba toda de arriba abajo,

dijo Regnier de no sé qué piso. Esta escalera se bambolea y es maciza á un tiempo. Compónese de gruesos maderos, de gruesos tablones, de gruesos clavos, unidos y ensamblados de un modo salvaje hace trescientos años, que tiemblan de vejez y tienen, sin embargo, un no sé qué de robusto y de terrorífico. Es una cosa que amenaza bajo la doble acepción de la palabra. Ninguna lumbrera, como no sea un rayo de luz oblicua en lo alto. Los peldaños, remendados á la buena de Dios con tablas puestas de través y como arrojadas al azar, parecen trampas para lobos. Es una obra que se derrumba, sin dejar de ser formidable. Inmensas arañas van y vienen por entre aquel tenebroso maderamen. Una puerta de encina de cuatro pulgadas de espesor, guarnecida de sólidos herrajes, aunque roídos por el orín, cierra esta escalera y aísla en caso necesario el segundo piso del primero. Siempre la fortaleza en la cabaña.

¿Qué os parece de ese conjunto? ¿Diréis que es triste? ¿repulsivo? ¿terrible? Pues no, es muy simpático.

En primer lugar, nada más inesperado. Es una casa como no se ve en parte alguna. Así que os creéis estar en una covacha, una escultura, un fresco, un adorno inútil y exquisito os advierte que estáis en un palacio; os extasiáis en este detalle, pues es un lujo y una gracia, y el ronco grito del cerrojo os hace pensar que vivís en una prisión; vais á la

ventana, salís al balcón, veís el lago, y os halláis en un chalet de Zug ó de Lucerna.

Y además, un raudal de luz penetra en esta singular morada, inundándola; su distribución es alegre, cómoda y original; el aire salobre del mar la sana; el puro sol del mediodía la seca, la caldea y la vivifica. Todo es risueño en esta risueña luz.

Por todas partes el polvo es indicio de suciedad. Aquí el polvo no es más que vetustez. El polvo de ayer es odioso; la ceniza de tres siglos es venerable. ¿Qué más puedo deciros? En este país de pescadores y cazadores, la araña que caza y tiende sus redes tiene derecho de ciudadanía, está en su casa. En una palabra, acepto este cuarto tal cual es.

Lo único que hago es hacer barrer mi habitación, y he despedido á las arañas que la ocupaban conmigo.

Lo que completa la extraña fisonomía de esta casa, es que no he visto aún ningún hombre. Viven en ella cuatro mujeres y un niño; la dueña de la casa, sus dos hijas, su sirvienta Ignacia, linda muchacha vascongada que anda descalza, y su nieto, hermoso rorro de diez y ocho meses.

La huéspedada, madama Basquetz, es una excelente mujer de ojos espirituales, simpática, cordial y alegre, un poco francesa de origen, completamente francesa de corazón, y habla muy bien el francés. Sus dos hijas no hablan más que español y vascuence.

La mayor, es una mujer enfermiza, dulce y pensativa. La menor se llama Pepa, como todas las españolas. Tiene veinte años, el talle esbelto, flexible la cintura, la mano bien hecha, el pie pequeño, cosa rara en Guipúzcoa, los ojos negros y grandes, el pelo soberbio. Por la noche se apoya de codos en el balcón en actitud de tristeza, y se vuelve, si su madre

la llama, con alegre viveza. Hállase en esa edad en que empieza á desaparecer la despreocupación de la niña, velada insensiblemente bajo la melancolía de la mujer.

El niño, que trepa por la escalera de un piso á otro, va y viene todo el día, ríe, llena la casa, y la calienta con su inocencia, su gracia y su candor. Un niño en una casa es un hogar de alegría.

Como duerme junto á mi cuarto, por la noche le oigo que murmura dulcemente, mientras las cuatro mujeres le adormecen en una canción.

Ya os he dicho que la casa tenía otra entrada. Es una escalera sin pasamano, formada de gruesas piedras de talla, que sube desde la calle á la cocina y va desde allí á reunirse con otras escaleras de piedra que suben á la montaña por entre los follajes.

La casa está puesta de través en la calle, como el castillo de Chenonceaux en el Cher, y la calle pasa por debajo mediante una especie de arco de puente largo, estrecho, abovedado y obscuro, alumbrado de noche por una linterna, y donde arde en una hornacina, al lado de una abertura cerrada por una reja del siglo xv, un cirio bendecido, recomendado á los pobres marineros que pasan con esta inscripción:

VNA LIMOSNA PARA
ALUMBRAR AL STO. CTO.
D. BUEN BIAJE
AÑO 1756

Ya conocéis ahora la casa, ya conocéis á los habitantes, ya os he dicho dónde está mi cuarto; pero aun no os he dicho cómo es éste.

Figuraos cuatro paredes blancas, dos sillas de paja, una cubeta encima de un trípode, un sombrero del niño adornado de plumas y de abalorios colgado de

un clavo, un estante que sostiene algunos botes de pomada y tres volúmenes desparejados de Juan Jacobó Rousseau, una cama con pabellón antiguo de hermosa tela persa, con dos colchones duros como el mármol y una cabecera de madera pintada lo más linda del mundo, un espejo inclinado de exquisito marco colgado á la pared, y una puerta de cueva que no cierra. Este es mi cuarto. Añadid las vidrieras del balcón que antes os he dicho y una mesa que está en el balcón. Desde la cama veo el mar y la montaña.

Ya veis que, á pesar de las siniestras predicciones de las personas civilizadas de San Sebastián, he logrado alojarme entre los hurones de Pasajes.

¿He logrado vivir aquí? Juzgadlo vos mismo.

Sobre mi mesa cubierta de tapete verde que no sale nunca del balcón, la graciosa Pepa, que se levanta con el alba, viene, hacia las diez, á poner una blanca servilleta; luego me trae ostras arrancadas aquella misma mañana de las rocas de la bahía, dos chuletas de carnero, una lobina frita, que es un pescado delicioso, huevos fritos azucarados, una crema al chocolate, peras y melocotones, una taza de buen café y una copa de vino de Málaga. Por lo demás, bebo sidra, pues no puedo acostumbrarme al vino de pellejo. Este es mi almuerzo.

Ved ahora la comida, que tiene lugar á las siete de la tarde, cuando regreso de mis excursiones por la bahía ó por la costa. Una excelente sopa, el puchero con el tocino y los garbanzos sin azafrán ni pimienta, algunas ruedas de merluza fritas con aceite, un pollo asado, una ensalada de berros cogidos en el arroyo del lavadero, huevos duros con guisantes, un pastel de maiz con leche y azahar, ciruelas, fresas y una copa de Málaga.

Mientras Pepita me sirve, yendo y viniendo á mi alrededor, cosas todas que excitan mi apetito de mon-

tañés, el sol transpone, la luna se levanta, una barca pescadora sale de la bahía, todos los espectáculos del Océano y de las montañas se despliegan ante mí unidos á todos los espectáculos del cielo. Hablo en vascuence y en español á Pepita. Le cuento increíbles historias de brujos que invento y digo como si las creyera, ella se ríe y procura disuadirme; oigo cantar á lo lejos á las bateleras y no me apercibo de que la porcelana es de tierra barnizada y de estaño la plata de los cubiertos.

Todo esto me cuesta cincó francos al día.

En San Sebastián me creen probablemente muerto de hambre y devorado por los salvajes.

Por lo demás, nada más fácil que el instalarme aquí. Pregunté á Manuela si conocería en Pasajes una casa en donde pudiese alojarme por algunos días. Mi capricho sorprendió de momento á Manuela; pero insistí y me condujo á donde estoy. La digna señora Basquetz me acogió con una sonrisa; yo le di el precio que me pidió. Como veis, la cosa es muy sencilla.

La bahía de Pasajes, abrigada por todas partes y de todos los vientos, podría convertirse en un magnífico puerto. Napoleón lo había pensado, y, como era buen ingeniero, había esbozado él mismo un plano de las obras que tenían que hacerse. La ensenada tiene varias leguas de circunferencia, y la garganta que comunica con el mar es tan estrecha que sólo puede pasar un barco á la vez. Esa garganta, encerrada entre dos altos promontorios de rocas, se divide á su vez en tres pequeñas ensenadas separadas por extrangulaciones fáciles de fortificar y defender.

En el siglo xvi, la compañía de Caracas, reunida después con la de Filipinas, tenía sus depósitos y almacenes en Pasajes. Para proteger la bahía hizo construir la hermosa torre que es hoy su adorno. Esa

torre fué desmantelada hace algunos años por los carlistas.

Los carlistas, sea dicho de paso, han dejado tristes huellas en Pasajes. Demolieron é incendiaron varias casas. La en que yo vivo fué saqueada.—¡Qué fortuna!, me decía la huéspeda uniendo las manos.

Los ingleses también ocuparon Pasajes en varias épocas, y hasta muy recientemente.

Habían construído en los puntos elevados de la costa algunos fuertes hoy destruídos. Esos fueron incendiados por los habitantes. Y, á decir verdad, esos incendios fueron como fogatas de fiesta. Los ingleses no son queridos en Guipúzcoa. [El desembarque de lord Wéllington con los portugueses en 1813 es para los vascongados un siniestro recuerdo. Los corazones de los montañeses tienen, como estas montañas, ecos profundos y prolongados, y el bombardeo de San Sebastián aun repercute en ellos.

Los ingleses no han dejado en la villa de Pasajes más vestigios que las dos sílabas OLD. COLD. que formaban parte de alguna muestra de comerciante y que son visibles aun, al lado del retrato de Felipe II, en la pared de la casa en donde vivo.

Actualmente el puerto de Pasajes está casi desierto. Sólo se recogen en él los barcos de pesca. Algunos armadores bayoneses hacen construir, bajo nombres españoles que les prestan en Bilbao ó en Santander, algunos navíos destinados al comercio de España y que no disfrutarían de las franquicias marítimas si no fuesen construídos en España. Pasajes sirve para esto. Y he aquí por qué se ha establecido, creo en 1842, la gran cordelería que está en el astillero, y que yo había desdeñado tanto. Esa cordelería ocupa un larguísimo espacio y constituye una hermosa cordelería. He acábado por visitarla. Ya veis que me voy civilizando.

El puerto sólo está protegido militarmente por un castillejo instalado en una roca á mitad de la cuesta, á la entrada de la segunda articulación de la garganta. Esa fortaleza está defendida por innumerables pulgas y también por algunos soldados.

Pasajes, por otra parte, se guardaría casi por sí misma. La naturaleza la ha fortificado admirablemente. La entrada del puerto es temible. Todos los años se pierde en ella algún buque. El año último, un navío cargado de tablones por valor de unos cincuenta mil francos, tratando de refugiarse en él durante un temporal, fué tomado de través en el momento en que entraba en la segunda ensenada del estrecho, y arrojado por una ola encima la roca á más de sesenta pies sobre el nivel del mar. No volvió á caer. Los ángulos de la roca lo asieron y penetraron en él por todas partes. Una cruz de hierro que oscila al viento marca actualmente el sitio en donde quedóse incrustado el navío.

¿Queréis saber ahora la vida que llevo aquí? Como no cierro el balcón y la puerta de mi cuarto no cierra, el sol que brilla desde el amanecer y el niño que parlotea me despiertan. No tengo el canto del gallo, pero tengo el canto de las bateleras, lo que equivale á lo mismo. Si la marea sube, al levantarme las veo desde el balcón apresurarse hacia el fondo del golfo.

Siempre van dos en una barca, en parte á causa de la pesadez de la barca, y en parte debido á los celos de los esposos y de los amantes. Así se forman parejas, y cada pareja tiene su nombre; la Catalana y su madre, María Juana y María Andrés, Pepa y Pepita, las compañeras y las Evaristas. Las Evaristas son muy bonitas; los oficiales de la guarnición de San Sebastián se hacen pasear con preferencia por ellas, pero son muy juiciosas, y pasean en realidad á los oficiales.

Llevan siempre un ramito de flores en el sombrero de hule, y cuando se apoyan en el remo, su corta saya de paño negro á grandes pliegues deja ver su pierna bien torneada y bien calzada. Pertenecen al corto número de las que llevan medias; es la aristocracia de las bateleras.

Pepa y Pepita, las dos hermanas, son aun más lindas que las Evaristas.

Nada tan vivo y puro como esta bahía por la mañana. Oigo tocar detrás de mí las campanas de las tres iglesias; el sol acentúa las arrugas de la vieja torre. Cada barca deja una estela en el golfo y parece arrastrar detras de sí un largo abeto de plata con todas sus ramas.

Antes de almorzar me voy á dar una vuelta por el pueblo, ó la villa, como queráis, pues yo no sé qué nombre dar á este lugar apartado. Cada día descubro alguna cosa que no había visto el día anterior. Ora son algunos cobertizos practicados en las rocas, que agujerean la calle y se abren entre las casas; en esós cobertizos está la provisión de leña, troncos de árboles erizados como castañas, restos de barcos, esqueletos de navíos. Ora es una mujer que está hilando delante de la puerta; el hilo sale de su mano y sube hasta el techo de la casa, de donde baja, llevando á su extremidad el huso que cuelga delante de la rueca. Ora algunas persianas orientales en ventanas góticas, y frescos semblantes detrás de aquellas apretadas mallas de madera negra. Ora algunas hermosas muchachas, con las piernas desnudas y ya bronceadas por el clima, que bailan y cantan:

Gentil muchacha,
Toma la derecha.
Hombre de nada,
Toma la izquierda;